



La intimidad conectada. Feminismo y cultura red

Connected intimacy. Feminism and network culture

Remedios Zafra

Recibido: 14/12/2020

Aceptado: 23/05/2021

RESUMEN

La cultura red ha dado lugar a nuevas formulaciones respecto a la intimidad y su transformación de los ámbitos de poder y relación. Los repliegues de la vida pública y privada que la configuran presentan lecturas ambivalentes si se hace referencia a la vida conectada y a la construcción ciudadana y subjetiva.

Frente a la crítica hacia Internet como motor de exposición y mercantilización del sujeto, el feminismo ha logrado hacerse con la red para visibilizar y compartir lo privado desde una intencionalidad política. Este artículo pretende abordar algunas de las potencias y riesgos del feminismo en Internet como esfera pública privada donde se negocian nuevas formas de crear intimidad y ciudadanía.

Palabras clave: cultura red, feminismo, Internet, intimidad, ciudadanía.

ABSTRACT

The network culture has given rise to new formulations regarding intimacy and its transformation of the spheres of power and relationship. The folds in public and private life that make up this culture present ambivalent readings if reference is made to connected life and the construction of citizenship and subjectivity.

Faced with the criticism of the Internet as an engine of exposure and commodification of the subject, feminism has managed to take over the network to make visible and share the private from a political intentionality. This article aims to address some of the powers and risks of feminism on the Internet as a public-private sphere where new forms of creating intimacy and citizenship are negotiated.

Keywords: network culture, feminism, Internet, intimacy, citizenship.

Remedios Zafra es científica titular en el Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Contacto: remedios.zafra@csic.es ID: <https://orcid.org/0000-0002-5216-9743>

Cómo citar este artículo: Zafra, Remedios (2022). La intimidad conectada. Feminismo y cultura red. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 7 (1), 114-130. doi: <https://dx.doi.org/10.17979/arief.2022.7.1.7261>

1. LA INTIMIDAD CONECTADA¹

La cultura red dibuja un pico de intensidad con nuevas formulaciones sobre la intimidad en las que ámbitos de poder y relación se están viendo transformados. En ella los repliegues de la vida pública y privada capaces de configurar intimidad tienen lecturas ambivalentes cuando hablamos de vida conectada y de construcción ciudadana y subjetiva. Frente a la crítica hacia Internet como motor de exposición y mercantilización del sujeto, el feminismo ha logrado usarla para visibilizar y compartir lo privado desde una intencionalidad política. Sugería Virginia Woolf (1989) que, aunque sea desagradable que las puertas se cierren y la dejen a una afuera, quizá sea peor aún “estar encerrada dentro”.

Hacer público aquello que culturalmente nos enseñan a sentir íntimo e indecible mientras nos empequeñece y daña es una cuestión política. Porque la intimidad también se ha alimentado de cultura de dominación que crea estructura y precariedad y se entrena para que las violencias e intimidaciones avergüencen a quienes las sufren y no a quienes las ejercen. Es decir, para que la violencia sea pilar estructural de muchas intimidades. Este artículo pretende abordar algunas de las potencias y riesgos del feminismo en Internet como esfera público-privada donde se negocian nuevas formas de crear intimidad y ciudadanía.

Para comenzar, cabe recordar cómo en cada época se han construido los límites y ámbitos que han permitido a cada cultura articularse y reproducirse como sistema. En Occidente un cierto consenso teórico nos ha llevado a diferenciar tres esferas o ámbitos distinguibles sobre los que organizamos vidas y relaciones. De manera que la vida que es abiertamente accesible a los demás considerada es entendida como “vida pública, la que conformamos con las personas que vivimos considerada como “vida privada”, y la que sólo nos pertenece a cada uno es definida como “vida íntima”.

Una imagen pedagógica de esta interrelación nos llevaría a pensar que esas figuradas *esferas* se contendrían unas a otras. Viene a mi mente el ilustrativo

¹ Este artículo está apoyado en mis ensayos Ojos y Capital (Consonni, 2015), Quinientas Sábanas (inédito), la antología coeditada con Teresa López Pellisa Ciberfeminismo (Holobionte, 2019) y el texto «La (im)posibilidad de un mundo sin párpados. Ensayo sobre la intimidad conectada», publicado en Isegoría, n. 60, CSIC, pp. 51-68, en 2019.

abordaje que realiza Victoria Camps (1989) al señalar esta inclusión o vínculo como *repliegues*. De forma que la vida privada se presentaría como un “repliegue de la pública” y la íntima como “repliegue de la privada”. En tanto estarían sometidas a fuerzas externas, Camps considera que ambas -pública y privada- serían en cierto modo *tiránicas*. La pública estaría reglada desde fuera y la privada por fuerzas externas y también internas que dominan el contexto familiar. Por el contrario, Camps define la vida íntima por “no tener reglas”, es decir por ser algo que verdaderamente es de cada cual. Ser propia y, teóricamente, no ser visible la libera. No hay que dar explicaciones de lo que en ella sentimos o pensamos. Es la carencia de normas lo que la singulariza. “Sin reglas”, nos pertenece, pero ¿a todos por igual? ¿Acaso la intimidad no permite también entender los ámbitos de articulación colectiva en una cultura y momento determinado, por ejemplo, atendiendo a la edad, al género o al grado de dependencia de un cuerpo, o más concretamente, bajo un determinado enfoque político? Porque cabría pensar si la intimidad no puede ser igualmente entendida como esa trinchera propia que le queda a quien se siente sometido al poder de otros. En esta línea, José Luis Pardo (1998-99) ejemplifica cómo en la *polis* antigua la superioridad del *pater* de familia sobre sus inferiores: mujer, hijos y esclavos, definía la privacidad y el dominio que el *pater* tenía respecto a la vida y la muerte de estos desiguales. En ese contexto acota una idea que me resulta sumamente interesante. Lo hace identificando la intimidad justamente como ese *reducto* que les quedaba a quienes estaban sometidos, ese espacio inalienable que no es público ni privado y que caracterizaba una forma propiamente humana frente a la fuerza del “déspota doméstico o del soberano público”(José Luis Pardo, 1998-99). Y, en tanto solo el espacio público se consideraba un espacio habitualmente entre iguales y sometido al poder político, en el privado el poder se delegaba en el representante de ese poder patriarcal subordinando a los desiguales, de forma que la intimidad sería el único resquicio propio que en este escenario tendrían.

En todo caso, aunque estas tres esferas que les comparto puedan ser conceptualmente distinguibles y matizables en distintos momentos de nuestra cultura, sus límites en la vida conectada se han vuelto singularmente difusos, conformándose una suerte de esfera público-privada donde normalizamos compartir públicamente vivencias y emociones, relación y reconocimiento,

gestándose una nueva forma de capital derivado de la intimidad expuesta o cedida. El asunto que es claramente político lo es cada vez más también económico.

Es algo llamativo pues, antropológicamente, lo que ha caracterizado a la mayoría de las culturas ha sido la protección de la vida privada. Sin embargo, llama la atención que esto no sólo no ocurre hoy con Internet, sino que ahora la vida privada busca exhibirse. Hoy los límites no están en lo privado, ni lo privado es lo que era. Sobre este asunto, afirmaba Umberto Eco (2014) como “actualmente, a medida que tantos luchamos con la manera de definirnos en el mundo moderno, existe una amenaza mayor que la pérdida de privacidad: la pérdida de visibilidad. En nuestra sociedad hiperconectada, muchos de nosotros sólo queremos que nos vean”. Ocurre entonces que *ser vistos* se ha convertido en una nueva forma de valor, incentivada y promovida como pago simbólico y movilizadora de prestigio y reconocimiento en el mundo conectado, pero también en formas ontológicas que hacen equivaler “ser en el mundo” con “ser visto en Internet”.

De hecho, si las subjetividades modernas se construyeron mirando a un lugar interior, hoy ese lugar parece abandonarse derivando a una llamativa *exteriorización del yo*. Como efecto, las personalidades tienden a mercantilizarse y tanto privacidad como intimidad se exponen querámoslo o no. Indica la antropóloga Paula Sibilia (2008, 131) que entonces en lugar de precisar técnicas de “introspección” para mirar hacia dentro de uno mismo, lo que se promueven son prácticas opuestas, prácticas que animan a mostrarse “hacia fuera”, prácticas que Eva Illouz (2007) denomina “estratégicas”.

Cabría sospechar entonces que hoy la cultura red y el marco capitalista promueven un escenario que reduce a su menor expresión los dos ámbitos que más han caracterizado al sujeto humanista: el íntimo y el público, estimulando un magma de espacio/tiempo público-privado hipervisibilizado en la red y llamativamente incentivado por el mercado, donde más que *representarnos* parece que nos *publicitamos* a nosotros mismos, en sintonía con la ahora llamada *gig economy* o *economía del bolo* que ha normalizado la exposición en redes como trabajo. Desde algunos sectores de la filosofía se sugiere que este escenario no

debiera ser hoy entendido tanto como un teatro que nos anima a representar identidades, sino como sugiere Byung-Chul Han “un mercado en el que se exponen, venden y consumen intimidades”(2014).

Esta idea sitúa lo que muchos advierten como una *discontinuidad* cultural e histórica de la humanidad. Me refiero a la extrañeza de que la intimidad hoy no solo no se protege, sino que busca exhibirse. El asunto claramente reclamaría preguntarnos por cómo y quién tiene poder para instrumentalizar y gestionar esta tendencia, es decir, por qué fuerzas animan a esta exhibición ¿son internas o vienen (como parece) incentivadas desde afuera? Pienso que, si bien el mercado está orientando esta deriva, también se ha producido una transgresión colectiva que quiero poner en valor. Me refiero a la apropiación feminista que muchas mujeres, colectivos y movimientos hacen de esta potencia para visibilizar lo íntimo cuando es opresivo, y esta fuerza *sí* es interior. Como fuerza sostenida en la emancipación, el feminismo recuerda que la potencia de la intimidad no es habitarla permanentemente, sino disponer de la *libertad* para entrar y salir en ella movilizadas por la solidaridad y la denuncia de desigualdad social.

2. AUTONARRACIÓN FEMINISTA

En Internet la autonarración de mundos íntimos y privados ha explotado también a nivel político. Hay en ella un ejercicio de pronunciamiento del “yo”, de verbalización y difusión de lo no-normalizado y escondido culturalmente, pero también de lo que siendo íntimo ha sido violento para las mujeres. Publicar y compartir aquello que una cultura enseña a sentir “inefable”, subestimándolo o degradándolo como asunto menor y doméstico paralelamente al empequeñecer de las mujeres y a su desarticulación colectiva, es sin duda una cuestión política. Este asunto ha estado en el corazón de la intimidad de las mujeres como base de una cultura patriarcal que reforzaba el silencio, la humillación y la intimidación de quienes sufrían las violencias y no de quienes las ejercían sobre ellas. El control se sustentaba en la perversión de educar a las mujeres como guardianas morales de su propia subordinación, azuzando la rivalidad entre ellas e impidiendo oportunidades de encuentro y alianza entre iguales.

Bajo este argumento, no es baladí que el arte feminista se haya caracterizado por considerar como núcleo de representación la vida privada e íntima de las mujeres, en muchos casos desde sus aspectos indecibles (convirtiendo en canción interiorizada “de esto no se habla”). También buscando agotar la representación simbólica de lo opresivo reiterándolo hasta rendirle un duelo. O de manera especial representando lo socialmente abyecto y escondido en los cuerpos, lo temido, a veces venerado, otras estigmatizado. Esto fue base para el protagonismo simbólico de la *vulva* en la explosión del arte feminista desde los años setenta.

Los escenarios de la autonarración íntima feminista han sido recurrentes en las últimas décadas: la casa, las jaulas, la vida doméstica, el cuerpo, los cuidados, un mundo infinito de puertas y habitaciones a las que entrar, pero de las que no siempre se puede salir. La casa de la que no se puede escapar, y el cuerpo del que tampoco. Un cuerpo femenino como intimidad apropiada y significada por otros. En esta línea, se posicionan algunas interesantes estrategias políticas y creativas que combinan visiones *extáticas* y de *encarnación* en relación a las identidades y a los géneros. Pienso concretamente en la sugerida por Virginia Woolf al hablar de la necesidad de matar al “ángel de la casa”, liberando a la mujer de su reducción a la materialidad del cuerpo y los trabajos domésticos, ayudándola a recuperar su *subjetividad*. Estrategia posteriormente articulada y relacionada por Rosi Braidotti (1996) con otras que podríamos denominar de *encarnación*, como la reivindicación de la necesidad de “bajar al ángel del cielo”, en relación a la masculinidad clásica, rompiendo su abstracción e identificación simbólica del *hombre* como “lo humano”, ayudándolos en este caso a encarnarse y a recuperar una *materialidad* perdida en ese proceso de abstracción y apropiación.

3. LA INTIMIDAD VIGILADA

De otro lado, en Occidente *callar* ha sido un gran valor ponderado en las mujeres. Las convenciones y los prejuicios conforman gran parte de los silencios y subordinaciones, entre lo que el sujeto desea y lo que “consiente”. Victoria Camps señala que el tipo de ética que rige los ámbitos público y privado viene dado por las necesidades que las personas deben satisfacer, estas han cambiado en cada momento histórico de forma que podemos observar dobles o incluso múltiples morales, las que rigen afuera, al otro lado de la puerta y las que se permiten dentro (tantos filósofos, gobernantes o artistas que no han resistido practicar en la intimidad lo que predicaban en público). Cada época autoriza un tipo de “mentiras consensuadas” que consiente implícitamente, aunque no reconozca en sus escritos y leyes.

El shock de desvelar los abusos de poder y la doble moral del privilegio del patriarcado es hoy evidente, diría incluso que seña de época. Una característica que, entre otras cosas, ha sido azuzada por el fascismo para alentar a los sectores más conservadores cuando ven tambalear los privilegios sobre los que se han construido. La denuncia de los abusos estructurales y normalizados como corazón de la revolución feminista es clave para la transformación hacia un mundo igualitario, pero en su búsqueda de cambio real, obliga a la imaginación y construcción simbólica de *nuevas masculinidades*, a la oportunidad de los privilegiados de construir formas subjetivas buenas no solo para sí mismos.

Porque tradicionalmente se han demarcado espacios privados e impenetrables, espacios donde se legitimaban e invisibilizaban cosas que hablan tanto de la íntima libertad del “a solas”, como de la desigualdad y poder de unos sobre otros, legitimados en tanto “no vistos”. Esta sería otra forma de presentar el poder sobre la intimidad ejercido desde la primacía ocularcentrista, “aquello a lo que se ha dado luz y visión pública, frente aquello otro restringido a la reproducción de la vida y los saberes sin poder de reacción, lo que ha quedado fuera del marco de la mirada pública” (Zafra, 2015: 42).

Cada comunidad ha ido arbitrando distintos mecanismos para garantizar el mantenimiento de sus límites desde sus formas de poder. Por ejemplo, en nuestra cultura cruzar la frontera de lo privado se ha penalizado al vincularlo con la habladuría o el “chisme”, minusvalorando y feminizando esta práctica a la que, por ello, se ha restado credibilidad. Ahí han habitado numerosas prácticas feminizadas sobre las que el poder ha actuado, no ya excluyendo, negando u ocultando, sino denostando e infravalorando lo que las mujeres decían. Esa perversa forma de ejercer poder *desestimando*.

4. AUTONARRACIÓN E INTIMIDAD POLÍTICA

Visibilizar lo que se oculta y duele es un potente gesto que nos expone al escrutinio público, aunque como efecto nos libera de la coacción, adelantándonos a la posible instrumentalización de los otros (clave hoy del ciberacoso). Para el feminismo visibilizar que la intimidad es también política es base del empoderamiento y es posible por la solidaridad feminista que teje la alianza colectiva desde un explícito “no estás sola”. Por ello no cabe olvidar que las lecturas sobre un especulado fin de la intimidad en un mundo conectado son plurales y hablarían tanto de nuevos dominios globales disfrazados de tecnología complaciente que dibujan, a la altura de su complejidad, nuevos riesgos para la intimidad desde un renovado control biopolítico, como de las posibilidades de emancipación y alianza derivadas de la visibilidad de la intimidad política.

Ambas lecturas difieren en la motivación de la que nacen y se diferencian de muchas maneras. Entre otras cosas, mientras las fuerzas capitalistas promueven desarticular los vínculos colectivos a favor de un mayor individualismo, el feminismo se apoya justamente en lo contrario. Cuando las intimidades políticas se comparten y se van encontrando con iguales se descubren en el espejo de sus iguales como colectividad cohesionada por un vínculo doloroso y sincero. Hay cosas que nacen de la intimidad y nos pertenecen, pero también las hay que no pueden quedarse dentro, porque si lo hacen nos dañan como sujetos libres y como sujetos políticos. Es decir, pueden dañar a otras personas, cuando por sus circunstancias ellas ni siquiera han tenido la oportunidad de verbalizarlo.

Ahora bien, esos cuerpos que con frecuencia fluyen en nuestros textos llevan a cuentas el peso de la contención, de haber estado reprimidos por mucho tiempo e incluso significados peyorativamente en su materialidad. No extraña que, como símbolo de las intimidades voluntariamente liberadas, artistas y poetas feministas desplieguen el cuerpo desde la intimidad de su materialidad y de sus agujeros supurantes. No solo vulvas, también bocas que hablan. En estos tiempos de pandemia donde todo agujero corporal es identificado como potencial fuente de peligro y contagio y que los blindamos como armas potenciales de virus, no deja de resultar llamativo que simbólicamente abramos estos otros orificios simbólicos de la escritura para que salga la intimidad. Solo hay que mirar el panorama de escritura contemporánea y las agentes y asuntos que los protagonizan.

Las posibilidades feministas de la autonarración de mundos íntimos y privados parecen haber explotado en la red mientras nos sentimos protegidas en nuestra materialidad acotada. Hay en ellas un ejercicio de pronunciamiento del yo, de verbalización y difusión de lo no-normalizado y escondido culturalmente. Quizá la formalización global más disruptiva y visible hayan sido las campañas “MeToo” o “Niuunamenos” y otras vinculadas que a distintos niveles han movilizadas e inspirado a las mujeres desde la publicación online y la denuncia de experiencias cotidianas que normalizaban la violencia sobre ellas. Publicar aquello que culturalmente nos enseñan a sentir íntimo e indecible mientras nos daña y empequeñece es una cuestión política. Las fórmulas difieren y no se limitan al testimonio desvestido de pose, sino que adquieren formatos también creativos como autoficciones, ciencia ficción o experimentales en la práctica artística.

5. RAREZA COLECTIVA Y PATRIARCADO EN LA CULTURA RED

En gran medida, esta potencia de colectividad política feminista es una rareza, una valiosa rareza que choca llamativamente con la enésima forma de individualismo reforzada por el capitalismo construido sobre lazos que prescindan de vínculos morales entre las personas, promoviendo los vínculos ligeros que se prodigan en la red. De hecho, la pérdida de vínculo social y

ciudadano es algo que la contemporánea cultura red parece reforzar. De un lado, la biopolítica de la interfaz que nos convierte en una multitud de solos conectados detrás de nuestras pantallas. De otro, la rivalidad entre los iguales que se identifican siempre compitiendo por visibilidad y trabajos precarios. Como respuesta, la impotencia colectiva limitada a un activismo de salón y a un nosotros ligero, donde el feminismo parece posicionarse actualmente como *alteridad* y como esperanza política.

Sin embargo, esta singularidad no esconde, ni por si sola resiste, los numerosos riesgos y amenazas que desde el patriarcado se ciernen sobre la igualdad en la cultura red. Entre otras cosas, hoy frente al esfuerzo (y el tiempo) que exige la conciencia, derivar hacia lo intuitivo va más con los tiempos rápidos que llevan a delegar en la máquina. Y resulta descriptivo que en un momento definido por la extrema disponibilidad de información y datos, pruebas, hechos e investigación, nuestra vida esté más que nunca sometida a la apariencia y a la precariedad de lo descartable. Para argumentar esta idea, parto de una cuestión primera, casi fundacional: la red como estructura horizontal y, en apariencia, desjerarquizada. Observen cómo, si antes unos pocos creaban para muchos, hoy muchos creamos para muchos. Sin dejar de ser consumidores hemos pasado a ser *productores* y gestores de mundo online, no sin sorpresa, también *producto*.

Horizontalidad, de todos a todos, que tuvo sugerentes lecturas del lado del ciberfeminismo (López Pellisa y Zafram 2019) de los años noventa, pero que también ha generado la sensación un mundo inabarcable, donde la ansiedad ante el *exceso* fácilmente se convierte en nueva forma de ceguera. Pasa entonces que huyendo de viejas formas de poder, la red nos devuelve “otras” formas de jerarquía, justificadas en una necesaria gestión del excedente. Y cierto que a priori todos participamos de dicha gestión, pero no pasa desapercibido el progresivo control de las monopolizadoras industrias digitales, capaces de convertir la lógica algorítmica (bajo apariencia de neutralidad) y las herramientas de búsqueda y visibilización en el nuevo tótem global de la época. Su interiorización resulta llamativa en su doble juego: de un lado, *visibilización* de mundo, de otro, *invisibilización* de lente.

El *exceso* tiende entonces a funcionar como ceguera por saturación de estímulos.

Como esos paisajes tan repletos de detalles que cuesta verlos y precisan de un zoom que fije la atención sobre un fragmento o de recuperar otros sentidos, quizá escuchar, oler, tocar... Pero también el exceso anima a pasar más rápido por las cosas para acaparar más. De forma que la frenética cultura-red tiende a sostenerse más en la impresión que en la concentración, más en la captura de pantalla que en la reflexión pausada.

Resultaría razonable pensar que bajo esta inercia se reforzarían los sistemas de valor apoyados en la lógica algorítmica de “lo más visto”, independientemente de que esto conlleve un amplísimo abanico de posibilidades que congrega: lo esperpéntico, lo bello, lo morboso, lo tierno, lo pornográfico, lo cómico, o lo trágico. Y que el logro cuantitativo en tanto aditivo no debiera ampliar su significado más allá de lo numérico, igual que lo hace un *Guinness*. Pero fíjense que en esta asignación se advierte la construcción de un marcado valor cultural que favorece a patriarcado y capitalismo. Es decir, el señuelo de un sistema construido en base a la gestión y acumulación de grandes números que los reivindica como máxima garantía para *pronosticar* (y para en la expectativa, *controlar* y *crear*), como una audiencia que se retroalimenta. Porque sólo cuantificando y objetivando se puede hacer operativa la respuesta, el archivo, el sujeto convertido en dato, producto y previsión.

La cultura red contemporánea es además una cultura del presente continuo, tendente a renovarse cada día, cada hora, escrita en gerundio. Una cultura que en algunos de los lenguajes afectivos que la caracterizan (podríamos hablar de ansiedad y contingencia) dificulta el pensar. Ese pensar crítico que requiere toda transformación de imaginario, todo cambio de mundo. Este asunto me parece importante entre otras cosas porque alimenta la ansiedad contemporánea como base del consumo como respuesta, pero muy especialmente porque me parece que beneficia a los “imaginarios conservadores”. Hay una razón sencilla que podríamos casi coger al vuelo, en tanto advertimos que la ansiedad de la que hablo se sostiene en velocidad y exceso, fórmulas que favorecen lenguajes emocionales y más apoyados en ideas preconcebidas, esas que toleran mejor el mundo hiperproductivo y veloz de las cosas de ahora, en tanto apenas precisan nuestra atención ni mayor profundización, no exigen más posicionamiento que “gustar” o “disgustar”. Nos acogen y arropan sin conflicto pues ya estaban en

nosotros, favoreciendo responder a lo que inquieta bajo respuestas a menudo maniqueas y dicotómicas, rápidas y afectivas, asentándonos en visiones conservadoras y con frecuencia polarizadas de los conflictos, evitando la perturbación del pensamiento que nos permite afrontar la complejidad.

6. PRODUCTORAS DE LA CULTURA RED

La socialización de internet ha coincidido con la masiva incorporación de las mujeres al mundo laboral. Lo hacen bajo herencias aún muy vigentes que las orientan desde estudios y trabajos en los ámbitos preferentes de las Humanidades y las Ciencias Sociales (muy feminizados y también más precarizados). Esta incorporación ha ido unida a un plus de motivación y entusiasmo. Más observadas, pareciera que muchas mujeres se sienten obligadas a demostrar “que pueden”. Siendo pioneras en sus familias y contextos buscan no defraudar, dispuestas en ocasiones a trabajar “más por menos” bajo la presión de oportunidad colectiva e histórica. Hay en este contexto laboral demasiadas similitudes con los pagos en capital simbólico que tanto han caracterizado el feminizado trabajo doméstico y de cuidados que no se ha reconocido como empleo.

No habrán pasado desapercibido cómo el capitalismo se vale de la rentabilización del trabajo feminizado vocacional o motivado en un marco de producción inmaterial, de forma que la vocación y el entusiasmo son fácilmente instrumentalizados por el sistema para mantener los ritmos de la maquinaria productiva y la velocidad competitiva, promoviendo características formas de hiperactividad. Como respuesta, una ansiedad productiva que mantiene la hiperproducción y la autoexplotación de quienes, por pasión y responsabilidad a veces, por miedo al desempleo otras y por inercia casi siempre, aceptan ser pagados con reconocimiento, agradecimiento, certificados, visibilidad o capital simbólico; así como en otro tiempo -y todavía ahora en muchos lugares- se aceptaba el pago afectivo y protector como pago suficiente.

En mi ensayo *El entusiasmo*, reflexiono sobre este asunto considerando que “no es lo mismo pagar con reconocimiento a un rico que a un pobre” (Zafra, 2017), a

un hombre o a una mujer. Porque son fuerzas increíblemente conservadoras las que alimentan este pago inmaterial como algo suficiente. Pago inmaterial que en el rico se convierte en prestigio, y en el pobre en frustración y abandono por necesidad de dedicar sus tiempos a ese otro trabajo que le permita ‘vivir’ o garantizar el cuidado de las vidas cercanas. Curiosamente ahí habitan muchas mujeres. –esta es la feminización de los trabajos precarios pagados con capital simbólico.

Como resistencia crítica y frente a las inercias sociales, la formación y el activismo social feminista lleva actuando desde que Internet comenzó a socializarse en los años noventa, y mucho antes en los augurios, especulaciones y pronósticos que la cibercultura de los ochenta ya esbozaba. Fue especialmente con el cambio de siglo cuando la crítica a la ausencia de mujeres en la programación e ideación tecnológica motivó iniciativas, en principio, periféricas y activistas que incentivaban el hackeo de la cibercultura patriarcal. Asunto que apunta al territorio de los imaginarios más allá de las orientaciones formativas que se materializan en un posible “quiero ser ingeniera”. Un territorio también vinculado con las aficiones promovidas a través del juego, el cacharreo tecnológico y la cultura geek.

De hecho, una primera foto de este lúdico y germinal contexto tecnológico evidenciaría que la mayoría de los geeks sigan siendo hombres jóvenes que trabajan en lugares muy específicos del mundo, que han podido convertir su afición en un trabajo y que, en algunos casos, cuentan con míticos relatos de genios solitarios, apasionados de la ciencia-ficción y de la tecnología que ha calado en los imaginarios más recientes. Este sesgo lleva implícito un dominio masculinizado, el de los trabajos relacionados con el poder contemporáneo en la era del algoritmo y la producción tecnológica, pero también con la emancipación económica propia del trabajo remunerado y el prestigio, opuesto a los trabajos más vulnerabilizados y feminizados donde las mujeres se debaten entre pagos simbólicos, voluntariado y temporalidad (esa diferencia entre “aficiones convertidas en rentables trabajos” y “trabajos que siguen siendo percibidos como meras aficiones” por estar feminizados).

Al respecto, activistas como Laurie Penny (2017) proponen no sólo incentivar a

las niñas y chicas en el cacharreo y la experimentación tecnológica, sino también favorecer alianzas feministas con los chicos geeks de la tecnología que habitualmente se presentan como marginados en su adolescencia. El argumento de Penny me parece interesante, pues se apoya en un asunto esencial para evitar que el feminismo sea entendido como “cosa exclusivamente de mujeres” y no como necesario posicionamiento y política de toda la sociedad por la igualdad de las personas. Me refiero a la empatía que permite un reencuentro con aquello que nos hace vulnerables a unos y a otras en distintas formas de marginación o desigualdad. Entablar lazos, compartir experiencias de manera sincera podría favorecer un vínculo empático y solidario que nos permita a cada cual conocernos mejor, aprender de los otros, convencer y crear vínculos y contagio, compartir conocimientos y transformar una estructura sesgada.

La empatía puede ser un elemento disruptivo frente a uno de los más graves problemas de las mujeres en el imaginario tecnológico. No me refiero a su invisibilización sino a su infravaloración. Porque, cierto, cada vez es más frecuente identificar a mujeres como caras visibles de la tecnología, pero lo es allí donde su imagen (como responsable de comunicación o atención a clientes) busca compensar su clamorosa ausencia en las tareas de ideación, ingeniería, liderazgo e imaginación tecnológica, alimentando el espejismo de cambio social estructural cuando sólo se trata de un cambio epidérmico. Y me parece que esta infravaloración a la que apunto bebe de formas más profundas de mantenimiento y reproducción de poder en los procesos de educación y enculturación tecnológicas de las mujeres. Pienso en esas formas silenciosas que desde que somos pequeños atraviesan consejos y expectativas, recordando y reiterando lo que podemos hacer. No es necesario que digan: “no hagas esto”, a menudo les basta con: “ponle unas flores”, “desvíalo al agrado y al ornamento”, “trabaja gratis”, “muéstrate guapa y delgada”, “¡que venga el chico!”, “cuidado con Internet”. Liberarnos de esos modelos exige un cambio estructural social e ideológico, pero también necesariamente imaginativo.

Al hablar de feminismo no podemos obviar estas rutinas y estrategias cotidianas para el mantenimiento simbólico de un imaginario patriarcal; tampoco que cuando hablamos de feminismo y cultura red no nos limitamos exclusivamente a Internet, sino también a los territorios donde la tecnología se piensa, crea y

educa, los lugares donde se consume y apropia para la vida, allí donde nos construimos subjetiva e identitariamente con el vestido tecnológico. En este escenario, si los sujetos, colectivos y proyectos educativos, empresariales, artísticos, políticos y de activismo social que hoy trabajan y construyen Internet pueden ayudarnos a mejorar mundo, ayudarán más desde una sensibilidad feminista, promoviendo ese cambio estructural, desde los imaginarios, la educación y todo aquello que a distinta escala alimente vínculo y empatía entre las personas, comprometiéndonos con la construcción, también tecnológica, de un mundo más igualitario.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Bonder, Gloria (2002). Las nuevas tecnologías de información y las mujeres: reflexiones necesarias. *Unidad Mujer y Desarrollo CEPAL*, 39, 5-55.
- Braidotti, Ruth (1996). Cyberfeminism with a difference. *New Formations*, 29, 9-25.
- Camps, Victoria (1989). La reconstrucción de lo público y lo íntimo. EN C. Castilla del Pino (ed.), *De la Intimidad* (pp. 59-76). Barcelona: Crítica.
- Eco, Umberto (2014). Dando a cambio nuestra privacidad. <https://opinion.infobae.com/umberto-eco/2014/07/11/dando-a-cambio-nuestra-privacidad/index.html>
- Han, Byung-Chul (2014). *En el enjambre*. Barcelona: Herder.
- Illouz, Eva (2007). *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires: Katz.
- López Pellisa, Teresa y Zafra, Remedios (eds.) (2019). *Ciberfeminismo. De VNS Matrix a Laboria Cuboniks*. Barcelona: Holobionte.
- Pardo, José Luis (1998-99). Políticas de la intimidad. Ensayo sobre la falta de excepciones. *Logos: Anales del Seminario de Metafísica*, 32, 145-196.
- Penny, Laurie (2017). *De esto no se habla*, Madrid: Continta me tienes.

Sibilia, Paula (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Woolf, Virginia (1989). *A Room of One's Own*. New York: Harcourt Brace.

Zafra, Remedios (2015). *Ojos y capital*. Bilbao: Consonni.

Zafra, Remedios (2017). *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Barcelona: Anagrama.